

James y el melocotón gigante

Roald Dahl



James es un niño huérfano que vive con dos tías muy severas que le hacen la vida imposible. Pero un día, un extraño personaje le regala un cucurucho de bolitas mágicas que hacen crecer sorprendentemente al viejo melocotonero del patio. Montado en un melocotón gigante, James inicia un viaje fascinante por el mundo entero...

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Sobre el autor

*Este libro es
para Olivia y Tessa.*

1

Hasta los cuatro años, James Henry Trotter había llevado una vida feliz. Vivía plácidamente con su madre y su padre en una hermosa casa a orillas del mar. Siempre había montones de niños con los que jugar, había una playa por la que podía correr, y había mar en el que podía remar. Era la vida perfecta para un niño.

Entonces, un día, la madre y el padre de James fueron de compras a Londres, y allí sucedió una cosa terrible. Ambos fueron devorados en un santiamén (en pleno día, fíjate, y en una calle llena de gente) por un enorme rinoceronte furioso que había escapado del zoológico de Londres.

Esto, como podrás comprender, fue una experiencia de lo más desagradable para unos padres tan cariñosos. Pero a la larga aún fue más desagradable para James que para ellos. Pues sus problemas se acabaron en un periquete. Ellos murieron y se fueron en treinta y cinco segundos escasos.

Y el pobre James, por su parte, seguía vivo y de pronto se encontró solo y asustado en un mundo inmenso y hostil. La hermosa casa a orillas del mar tuvo que ser vendida inmediatamente, y el niño, sin más posesiones que una pequeña maleta en la que llevaba un par de pijamas y un cepillo de dientes, fue enviado a vivir con sus dos tías.

Sus nombres eran Tía Sponge y Tía Spiker, y, muy a mi pesar, tengo que confesar que eran dos personas realmente horribles. Eran egoístas, perezosas y crueles, y ya desde el principio empezaron pegando a James por la razón más

mínima. Nunca le llamaban por su verdadero nombre, sino que se referían a él como «pequeña bestia repugnante», «sucio fastidio» o «criatura miserable», y, lógicamente, nunca le daban juguetes para jugar, ni libros ilustrados para mirar. Su habitación estaba tan desnuda como la celda de una prisión.

Vivían —la Tía Sponge, la Tía Spiker, y ahora también James— en una extraña casa destartalada, situada en la cima de una colina, en el sur de Inglaterra. La colina era tan alta que casi desde cualquier lugar del jardín James podía ver millas y millas de un maravilloso paisaje de bosques y campos; y en los días claros, si miraba en la dirección apropiada, podía ver allá lejos en el horizonte, un pequeño punto verde, que era la casa en la que había vivido con sus queridos mamá y papá. Y, justo un poco más allá, podía ver el océano, una estrecha franja de color azul oscuro, como una línea dibujada a tinta, que bordeaba el cielo.



Pero a James nunca le dejaban salir de la cima de aquella colina. Ni la Tía Sponge ni la Tía Spiker se preocupaban de llevarle nunca a dar un paseo, ni de excursión, y, naturalmente, no podía ir solo.

«Esta pequeña bestia repugnante no hará más que buscarse líos si sale del jardín», había dicho la Tía Spiker. Y le habían prometido unos castigos terribles, tales como ser

encerrado durante una semana en el sótano, con las ratas, si se atrevía tan siquiera a subirse a la verja.



El jardín, que ocupaba toda la cima de la colina, era grande y desolado, y el único árbol de aquel lugar (aparte de un grupo de desastrados laureles en uno de los extremos) era un viejo melocotonero que nunca daba melocotones.

No había columpio, ni balancín, ni foso de arena, ni nunca era invitado ningún niño para que subiera a la cima de la colina a jugar con el pobre James. No había ni tan siquiera un perro o un gato que le hiciera compañía. Y según pasaba el tiempo se iba sintiendo más y más triste, y más y más solo, y se pasaba horas junto a la verja del fondo del jardín, contemplando melancólico el hermoso y prohibido mundo de bosques, campos y mar que se extendía bajo sus pies como una alfombra mágica.

2

Llevaba James Henry Trotter tres años viviendo con sus tías, cuando una mañana le sucedió una cosa bastante rara. Y esta cosa, que como dije era solamente «bastante» rara, pronto hizo que sucediera una segunda cosa que era «muy» rara. Y entonces la cosa «muy» rara, a su vez, hizo que ocurriera una cosa que de verdad era «fantásticamente» rara.

Todo sucedió en un caluroso día de mediados de verano. La Tía Sponge, la Tía Spiker y James estaban en el jardín. Como siempre, a James le mandaron a trabajar. Esta vez estaba partiendo leña para la cocina. La Tía Sponge y la Tía Spiker estaban cómodamente sentadas en sus mecedoras, bebiendo limonada y vigilándole para que no dejara de trabajar ni por un momento.

La Tía Sponge era baja y enormemente gorda. Tenía ojos pequeños y cerdunos, la boca hundida, y una de esas caras flácidas y lechosas que dan la impresión de haber sido cocidas.

Parecía un enorme repollo blanco sobrecocido. La Tía Spiker, por otra parte, era nervuda, alta y huesuda, y usaba unas gafas con montura de metal que llevaba sobre la nariz sujetas con un clip. Tenía la voz chillona y sus grandes y finos labios estaban continuamente húmedos. Cada vez que se enfadaba o excitaba, al hablar salía de su boca una fina llovizna de saliva. Y allí estaban sentadas aquellas dos horribles brujas bebiendo sus refrescos y, de vez en cuando, diciéndole a gritos a James que trabajara más rápido. Tam-

bién hablaban entre ellas, diciendo lo hermosas que se creían a sí mismas. La Tía Sponge tenía sobre las rodillas un espejo de mango largo que cogía de vez en cuando para contemplar su horrible rostro.



Y dijo:

*—Tengo el olor y el aspecto de una rosa.
¡Qué bella es mi nariz, soy tan hermosa!
Contempla mis cabellos tan sedosos
y mis pequeños pies tan primorosos...*

*Tía Spiker comentó: —¡Bah, mira, amiga,
lo muy gorda que tienes la barriga!*

*Sponge se puso roja; enfureció.
Y entonces tía Spiker añadió:
—Tú no puedes negar que gano yo.
Contempla mi figura sinuosa,
mis dientes, mi sonrisa tan graciosa.
Ser de tal perfección me hace feliz
(si olvidamos mi grano en la nariz).
¡Oh, que exquisita soy, es que me adoro!*

*Tía Sponge le gritó: —¡Tú eres un loro!
Toda huesos y piel; una lombriz
comparada contigo, so infeliz,
sería un prototipo de belleza,
sólo la ganarías en simpleza.
Yo sí que soy preciosa, ¡soy de cine!
Seré una gran actriz, seré una estrella;
en Hollywood me llamarán La Bella,
haré que todo el público alucine,
filmaré unas películas preciosas,
protagonizaré historias grandiosas...*

*Tía Spiker afirmó con gran desdén:
—Opino que tú harás más que bien
el papel que te va: el de Frankenstein*

El pobre James seguía partiendo leña como un esclavo. El calor era terrible, y chorreaba sudor. Le dolían los brazos. El hacha era un objeto enorme, demasiado pesado para ser usado por un niño. Mientras trabajaba, James empezó a pensar en todos los niños del mundo y en lo que estarían haciendo en aquel momento. Algunos andarían en bicicleta por el jardín. Otros estarían paseando por arboledas frescas, recogiendo flores silvestres. Y todos sus amigos de otros tiempos estarían en la playa, jugando con la arena y chapoteando en la orilla del mar...



Enormes lagrimones empezaron a brotar de los ojos de James, y rodaron por sus mejillas. Dejó de trabajar y se apoyó en el cepo, abrumado por la infelicidad que le rodeaba.

—¿Qué es lo que te pasa? —gritó Tía Spiker, mirándole por encima de la montura metálica de sus gafas.

James se echó a llorar.

—¡Deja de llorar inmediatamente y sigue trabajando, pequeña bestia repugnante! —ordenó Tía Sponge.

—¡Oh, Tía Sponge! —suplicó James—. ¡Y Tía Spiker! ¿No podríamos ir, por favor, aunque no fuera más que una vez, en autobús a la playa? No es muy lejos y yo tengo tanto calor y me siento tan terriblemente solo...

—¿Cómo dices, ignorante y perezoso inútil? —berreó Tía Spiker.

—¡Dale una zurra! —gritó Tía Sponge.

—¡Desde luego que lo haré! —profirió Tía Spiker. Miró a James, y James le devolvió la mirada con sus grandes ojos temerosos—. Te pegaré más tarde, cuando no haga tanto calor —dijo—. Y ahora lárgate de mi vista, gusano asqueroso, y déjame descansar en paz.

James dio media vuelta y echó a correr. Corrió todo lo rápidamente que pudo hasta el extremo opuesto del jardín, donde se escondió entre los raquíticos y destartalados laureles de los que te hablé. Se tapó la cara con las manos y se puso a llorar desconsoladamente.

3

Fue en este momento cuando ocurrió la primera cosa de todas, la cosa «bastante» rara que luego dio lugar a las otras cosas «mucho» más raras que le sucedieron.

Porque de pronto, justo a sus espaldas, James oyó un movimiento de hojas, y al volverse vio a un anciano vestido con un extraño traje de color verde oscuro, que salía de entre los arbustos. Era un hombre de pequeña estatura, pero que tenía una enorme cabeza calva y la cara casi oculta tras unas pobladas patillas negras.

Se paró a unos tres metros, y se quedó mirando seriamente a James, apoyado en su bastón.

Cuando habló, su voz era lenta y chirriante:

—Acércate a mí, pequeño —dijo, señalando a James con el dedo— Ven aquí, y te enseñaré algo maravilloso.

James estaba demasiado asustado como para moverse.

El anciano avanzó, cojeando, un par de pasos, y entonces metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsita de papel blanco.

—¿Ves esto? —susurró, balanceando suavemente la bolsita ante los ojos de James—. ¿Sabes lo que es esto, hijo? ¿Sabes lo que hay dentro de esta bolsita?

Entonces se acercó otro poco, se inclinó hacia adelante y aproximó tanto su cara a la de James que éste pudo notar su respiración en las mejillas. La respiración del anciano olía a moho viejo y a cerrado, igual que el aire de una bodega subterránea.

—Echa una mirada, hijo —dijo, abriendo la bolsa y enseñándosela a James.

En su interior, James vio un montón de cositas verdes que parecían piedrecitas o cristales, del tamaño de un grano de arroz. Eran increíblemente hermosas, y tenían un extraño brillo, una especie de cualidad luminosa que las hacía destellar y relucir de una forma maravillosa.

—¡Escúchalas! —susurró el anciano—. ¡Escucha cómo se mueven!

James miró en el interior de la bolsa, y pudo comprobar que se notaba un débil murmullo, y también notó que aquellos miles de cositas verdes se movían lenta, muy, muy lentamente, subiéndose unas encima de otras como si estuvieran vivas.

—Hay más poder y magia en estas cositas de aquí que en todo el resto del mundo —dijo el anciano, con voz suave.

—Pero... pero... ¿qué son? —murmuró James, encontrando por fin su voz—. ¿De dónde vienen?

—¡Ahá! —susurró el anciano—. ¡Ni te lo imaginas!

Se agachó un poco más y acercó la cara a la de James, tanto que su nariz rozaba la frente de éste. De pronto dio un salto hacia atrás y empezó a blandir su bastón por encima de la cabeza.

—¡Lenguas de cocodrilo! —gritó—. ¡Mil largas y viscosas lenguas de cocodrilo cocidas en el cráneo de una bruja muerta, durante veinte días y veinte noches con los ojos de un lagarto! ¡Se añaden los dedos de un mono joven, el buche de un cerdo, el pico de un loro verde, el jugo de un puercoespín y tres cucharadas de azúcar! ¡Se cuece todo durante otra semana, y se deja que la luna haga el resto!

Sin más ceremonias, puso la blanca bolsita de papel en la mano de James y dijo:

—¡Ten! ¡Sujétala! ¡Es para ti!